

9-8-2020

## Los espacios intermedios de la luz: Eliseo Diego y el oscuro esplendor

Ivette Fuentes

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.usf.edu/surcosur>

---

### Recommended Citation

Fuentes, Ivette. 2020. Los espacios intermedios de la luz: Eliseo Diego y el oscuro esplendor. *Revista Surco Sur*, Vol. 10: Iss. 13, 15-20.

DOI: <http://dx.doi.org/10.5038/2157-5231.10.13.8>

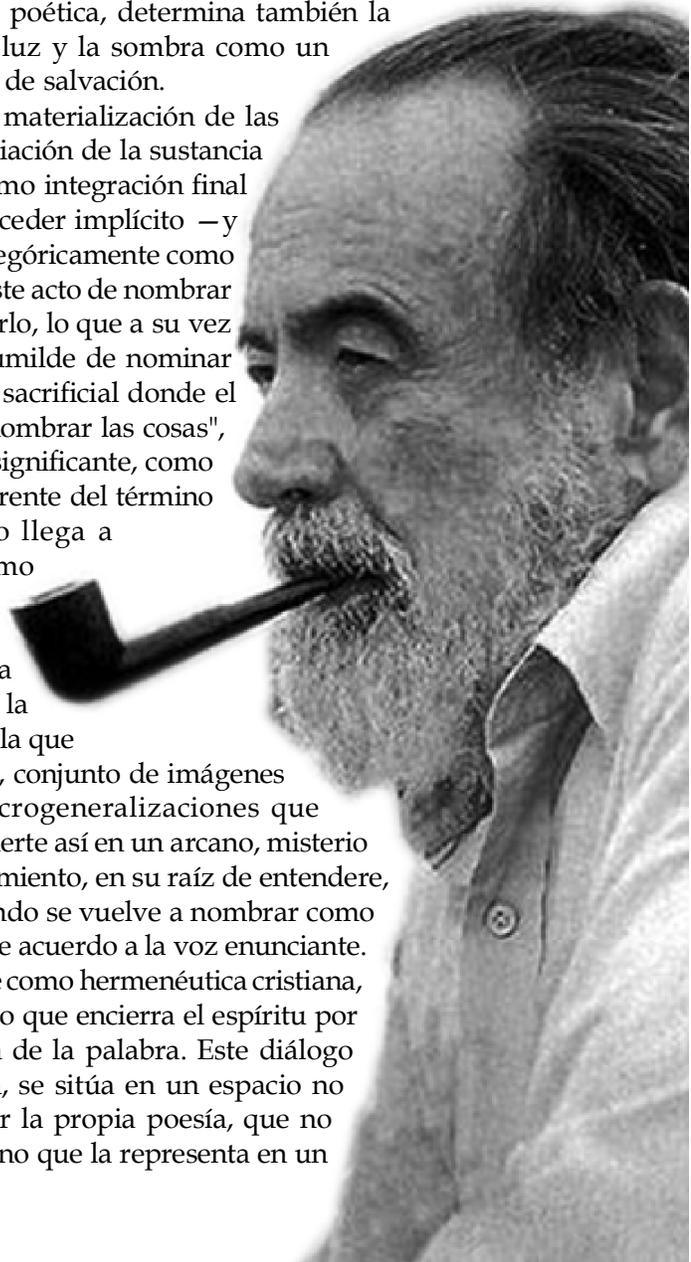
Available at: <https://digitalcommons.usf.edu/surcosur/vol10/iss13/10>

This HONRAR, HONRA is brought to you for free and open access by the Open Access Journals at Digital Commons @ University of South Florida. It has been accepted for inclusion in Revista Surco Sur by an authorized editor of Digital Commons @ University of South Florida. For more information, please contact [digitalcommons@usf.edu](mailto:digitalcommons@usf.edu).

## Los espacios intermedios de la luz: Eliseo Diego y el oscuro esplendor \*

Integrante de la llamada Segunda Generación del Grupo "Orígenes", Eliseo Diego es poeta de un inconfundible lirismo que mezcla con peculiar coherencia al tono coloquial de su obra. Buscador de la calidad prístina de la palabra como principal sostén del diálogo con el entorno, hace de la comunicación con el "dios pequeño" que pervive en el existir humano, un baluarte. Como parangón platónico de lo Bueno y lo Bello, llega Eliseo Diego al síntoma de la Perfección como don máspreciado del camino hacia la felicidad, razón por la cual dijo cierta vez al ser entrevistado que: "Uno de los anhelos más desconcertantes de la especie humana es el de la perfecta comunicación, sin la que jamás se cumplirá, con la venia de nuestro padre Francisco de Asís, el estado de perfecta felicidad.", lo que será la conjunción entre el sitio del hombre como "señor del mundo" y la comprensión del limitado rol de ser tan sólo "un nombre más". La carga de lejanía y lontananza que resalta en la obra eliseana, ya sea en prosa o verso, no impiden el sentimiento optimista que prima, pues los miedos y crepitaciones del alma que entretejen su urdimbre poética no son queja vacía sino presupuesto de una búsqueda en la que la imagen —"un poco de su propia sangre" — reconquistará los espacios de soledad. Este "no positivo" sentido en su poética, determina también la zona intermedia en la que se asienta, dualidad entre la luz y la sombra como un duelo en que se debate la posibilidad de aniquilamiento y de salvación.

Los tres pasos previstos en su proceder poético son la materialización de las ideas en el acto de nombrar, la objetivación como diferenciación de la sustancia en la diversidad de imágenes logradas y la figuración, como integración final al cuerpo del poema. Estas tres fases sistematizan un proceder implícito —y no consciente— en su poética, que llega a determinarla categóricamente como el proceso de "nombrar las cosas". La actitud dinámica de este acto de nombrar se compensa con la manera reverencial del poeta al asumirlo, lo que a su vez descubre una carga de eticidad cristiana en la postura humilde de nominar desde dentro del gran rueda al que pertenece, en un acto sacrificial donde el poeta cumple una misión demiúrgica. En el proceso de "nombrar las cosas", el vocablo inicia un vuelo metafórico para ir más allá del significante, como signo, hasta el significado que descansa en el sentido sugerente del término y en el modo de nombrarlo como intención, pues no llega a convocarlo en la imposición volitiva del hombre como hacedor, sino en el acercamiento tangencial que rastrea puntos, planos, directrices, vértices, todos en función de una visión integral —cubista más que planimétrica— de la palabra como vastedad. La esencia poética se asienta en la infinitud conceptual que propicia la polisemia del vocablo, la que deja un margen de libertad para la aprehensión de la idea, conjunto de imágenes que trascienden una particularidad hasta llegar a macrogeneralizaciones que posibilitan un entendimiento universal. El vocablo se convierte así en un arcano, misterio guardado hasta el instante de su comprensión —o entendimiento, en su raíz de entender, escuchar— acto de mimetizar el sentido de la palabra cuando se vuelve a nombrar como acción irrepetible por ser siempre única y a la vez infinita de acuerdo a la voz enunciante. La simbología lexical del discurso de Eliseo, debe entenderse como hermenéutica cristiana, toda vez que el signo se vuelve misterio paulino del cuerpo que encierra el espíritu por el cual se perpetúa el mundo en la siempre resurrección de la palabra. Este diálogo entre significante y significado en el acto de nominación, se sitúa en un espacio no acotado por una realidad vista sino soñada, sugerida por la propia poesía, que no puede restringir con un nombre la excelsitud semántica, sino que la representa en un



rapto de nobleza y de concesión, gracias a la mirada reveladora del poeta. Eliseo Diego presenta sus imágenes dentro de un ámbito de libertad, basada en la conceptualización nominativa del mundo y de una eticidad que preside su cosmovisión poética. En uno de los poemas del libro *En la Calzada de Jesús del Monte* dice:

No podría decirles nunca: esto fue un sueño y esto fue mi vida.

Pero en un principio no fue así. En un principio la mesa estuvo

realmente puesta, y mi padre cruzó las manos sobre el mantel realmente, y el agua santificó mi garganta.

Libre en un ámbito sublime, conocedor de la "inmensidad de los espacios" y casi con el miedo — pascaliano — de perderse en ellos, es que el poeta se descompone como elemento — uno más — de ese vacío:

Al norte espadas y al este oros, y al sur bastos y al poniente copas.

Y en el centro, ¿qué hay?

Nadie lo supo nunca.

Nadie.

Nunca.

En el flujo poético propiciador de todas las imágenes que es el "orbe tumultuoso", surge organizado el mundo. La "dulce figura de la nada" es el comienzo que ya ha indicado un tiempo y un lugar que borrarán el caos en el movimiento creacional. El *Fiat Lux* es el *Fiat Verbum* y cada acto de "nombrar las cosas" será el vencimiento de una primera muerte. Luego de ella vendrán las imágenes como una conversación "donde casi no roza la palabra / siquiera el borde de la luz". Pero no colmamos las razones de la égida poética de Eliseo Diego en una historia de la literatura cubana, si no aclaramos que esta conversación en la pureza de la calma se escucha tan sólo por la necesidad de la luz que prodiga "el medio mismo del día", no por la particularidad lumínica como accidente cronotópico sino como concepto activo de potenciación de una misión de rescate. Será la luz — tal y como fuera el sentido direccional de las "iluminaciones" de san Agustín —, entropía del conocimiento que resurge del pasado como memoria y que ilumina los resquicios de cada historia individual para conducir, por tan sutil hilo, la reconstrucción poética del mundo por su imagen. De este modo aparece la poética de Eliseo Diego como un nuevo modo de insularidad, donde la luz no quema en su incidir directo sino en el suave y discreto memorial que se descubre por la comprensión de la mirada desde dentro de sí mismo. El asombro surge porque el rayo de luz impregna de sabiduría el alma del hombre y así descubre, por la luz interior, los arcanos del "oscuro esplendor". Como fuera en San Juan de la Cruz "la noche oscura del alma" anticipo de los fulgores de la comunión con Dios, la penumbra y los resplandores en Eliseo Diego, como duelo entre la noche y el día, presiden la nominación más exacta en una conjunción del terror y la dicha, la caída y la redención. El tránsito por el puente que lleva esta noche hasta la luz de un conocimiento mayor, no es el reflejo de una claridad pintoresca, sino la visión de un camino ascendente del alma y el espíritu de la cubanidad, que trasciende la hechura de un sol que

no le ciega porque ha sabido hacer del fuego su propia sombra. El sentido tan peculiar de la luminosidad en la poética de Eliseo determina un carácter insular y complementa, a nuestro juicio, esa otra arista — ahora acogedora de su ser más íntimo en lo musical — que recorre la poesía de Nicolás Guillén. Utilización de la luz en el jolgorio del ritmo entendido por la luz que coloca el lugar cotidiano y real de la Isla en el espacio imaginado de su crepúsculo.



En compañía del poeta Nicolás Guillén



Cuando hablamos de la poesía de la luz, no adjudicamos un adjetivo trivial, sino que definimos el resultado de un modo de poetizar como aspiración constante a la luminosidad, distanciamiento de las sombras que anuncian con ellas la muerte. El mundo natural manifestado se debatirá entre dos extremos: el comienzo de una existencia que transcurrirá antes de perecer y las expresiones que el tiempo permite; serán las formas que acoge su poesía en el acto de nombrar. Por eso la muerte se cierne como una amenaza sobre los objetos de su vida, pues es ésta la conciencia del límite, del final de un camino que ha otorgado un resplandor inusitado.

La poética de Eliseo Diego, expresión de este esencial dualismo, asciende y progresa por entre innumerables pares, preguntas y respuestas, en una lucha que se hace insostenible por la obsesiva idea de la perdurabilidad, la que caracteriza el pathos de su poesía, simiente trágica que brinda un tono nostálgico a toda su obra. Traducido a un lenguaje plástico, es la constante de una variedad tonal, claroscuro que repite el dualismo de la luz y su sombra. De aquí la utilización reiterada de las palabras oro, resplandor, sombra y penumbra. Y por encima de todas, el espejo, vocablo que representa la resolución de lo dual, objeto de luciente y bruñida superficie, cuyo brillo refractario es reflejo de todo el fulgor de la vida y a la vez emblema ciego por la carencia de luz natural, esencia apagada y muerta como íntimo valor. El impedimento por alcanzar una fuga de la rueda viciada del tiempo está integrado a lo propiamente humano como fracción de la naturaleza. No obstante apreciar una sutil separación entre los nombramientos de Hombre y Dios, su orgánica correspondencia impide un deslinde en entelequias separadas, engarzadas además a la matriz común de la Naturaleza. La obra de Eliseo deja ver ese animismo natural de las cosas, incluida la figura humana. El animismo de los objetos está en correspondencia directa con su utilidad y su función, pues la "humanización" de las cosas se alcanza por la nominación del mundo, al irradiar su universo desde las necesidades del hombre que es, no sólo el ser natural, la sustancia integrada y organizada de la Naturaleza, sino centro él mismo —en su íntima relación con los objetos que garantizan su función en la vida— de ese universo natural al que pertenece como cota de perfección, tal y como se logra ver en su poema:

Ya estás aquí por fin, señor del mundo,  
en medio de las bestias y los dioses.  
Como flechas los símbolos veloces  
van a clavársete en lo más profundo.  
Para tu gloria, que arde en un segundo,  
¡tantas llamas y cúmulos atroces!  
Hay una desmesura en los adioses  
Para tan frágil animal inmundo.  
[...]  
Y sin embargo, tú eres la figura  
Que ocupa el centro mismo del diseño  
Y a quien todo se vuelve y todo acrece.  
Fugaz, vertiginosa desventura  
Tú sola alumbras con tu débil sueño  
La ciega inmensidad que permanece.

El epicentro en el que Eliseo sitúa al hombre y donde confluyen todas las formas posibles del gran cosmos expresadas en las alegorías del zodiaco, recuerda la forma de similitud que indicara Michel Foucault en la aemulatio, que reproduce "sus círculos, lejos unos de otros, según la semejanza sin contacto", pero que mucho tiene que ver con el reflejo y el espejo que arman un engranaje de respuestas como ecos. Para Foucault, esta "sabiduría del espejo" conjunta los variados ciclos de tal

modo que "el hombre descubrirá que él contiene "las estrellas en el interior de sí mismo, y que lleva así el firmamento con todas sus influencias", idea que trasunta este poema de Eliseo Diego, y que se advierte además en las múltiples piezas que contienen esa "sabiduría del espejo", a partir del símbolo reiterado por el poeta cubano. Los seres que pueblan el mundo, los objetos, "las bestias y los dioses" existen para develar al hombre no sólo el sentido amplio de la Naturaleza sino el suyo propio, sabiduría que lo roza como "símbolos veloces". La manifestación de lo real es un modo de exorcizar la potencia creadora del hombre, capaz de catalizar un proceso cognoscitivo que entra de lleno en los dominios de su inteligencia, del mismo modo en que por el acto de poetizar se re-crea la vida, que se asimila y devuelve como un hecho artístico.

Ha dicho Eliseo sobre "las hebras" que forman su poesía: "Unas se las tomé a la trama de la luz; otras a la estofa de la tiniebla." Tal y como ha dicho el investigador y ensayista Enrique Saíenz, el hombre toma las hebras de la luz "cuando es un ser para la dicha" y las roba a la tiniebla cuando "ha devenido un ser para la muerte." De aquí la preeminencia de la relación lumínica en la poética de Eliseo Diego, pues condiciona el volumen en que transcurre la vida re-creada. El esplendor que ostenta su poesía es un arma contra el tiempo que se enfrenta a la memoria. Esta trama de la luz tan presente en la obra eliseana, se destaca sobremanera en su poema "Oda a la joven luz", tal y como podemos apreciar:

Y es que ciega la luz en mi país deslumbra  
su propio corazón inviolable  
sin saber de ganancias ni de pérdidas.  
Pura como la sal, intacta, erguida,  
la casta, demente luz deshoja el tiempo.

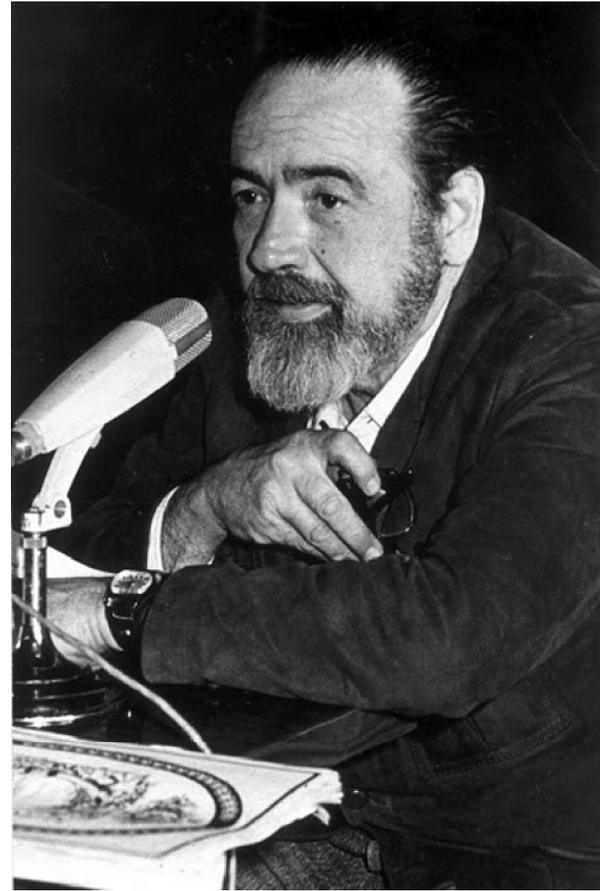
La luz en Eliseo Diego nace del prodigio de desatar el tiempo, capaz de iluminar, de otorgar nueva vida a los recuerdos —tal y como expresa en el momento de mayor intensidad— en el medio mismo del día:

Son las once del calor, las once en punto de la vida.  
Seguramente que mi padre sabe hasta olvidarlo  
qué habrá para el almuerzo, qué hará el lunes, de dónde  
vino hace un momento y adónde irá a la tarde.

Sobre esta relevancia el propio Eliseo responde en una de sus entrevistas sobre el aludido texto:

El poema parte, como dice, del tiempo en su sentido más inmediato de experiencia: el momento en que uno, como en un pasmo, se hace consciente de nuestra propia luz. Luego esa luz, sin dejar nunca de ser ella [...] se convierte en ser del país [...]. Ahora bien, a ese ser de la luz como ser el país no es posible acercársele con las manos mugrientas a ese 'sudor de la codicia' a que también es ajeno el oro, que en mi lenguaje aparece unas veces como concreción de la luz, hecha materia pura, y otras veces como su glorificación.

Tales consideraciones recaban de la luz su doble esencia como lux ("su glorificación") y como lumen ("concreción de la luz") que delinea un concepto de luz insular apegado a lo sensorial y a su cualidad anímica, adentrado en la tradición lumínica de la poesía cubana. La conciencia unitiva que es ver más allá de las formas y los detalles del mundo, allí en el preciso momento y lugar del destello como epifanía, cobra especial relevancia en la capacidad de la mirada, visión esencial que se alcanza con los "ojos del alma". En Eliseo Diego se advierte la misma connotación en el acto de ver que como proceso cognitivo que se dimensiona aún más por ser, para él, el secreto más puro de la poesía. De este modo "los secretos del mirar atento" es el significado más propio del poetizar, facultad de la visión que es capaz de llegar a las realidades inteligibles ocultas en lo fenoménico que es el "muestrario del mundo", para dar paso a su esencialidad. El acto de aprehensión del mundo avizorado por las noticias corporales y espirituales es un discurrir de la imaginación a partir de formas y figuras que están prontas a



desvanecerse y que la poesía capta por medio de su intuición. Estas formas sensoriales que en Eliseo se procuran a partir de la memorización, quedan asentadas en la "estación de la extinción" — conceptualizada en la mística sufi como momento de desvanecimiento de la imagen- signos aprehendidos antes de su desfiguración como formas del mundo en un destello lumínico. Este sentido epifánico de la poesía que aprehende las formas del mundo como un súbito (o éxtasis, así llamado en la poesía mística), se advierte en la obra de Eliseo tanto en su intención de "nombrar las cosas" como en la extrañeza que es para el hombre — poeta el hacerlo. Así nos evoca:

Es así que puesto a mirar les oigo las diferentes formas de pasar sobre el mundo. Y llega una nube extraña y sobreviene el silencio de un interior sagrado y fresco; pero pasa la nube y vuelve el canto, y en el canto mi gente, sorda, que se repite incesante, hacia la pureza final de otro silencio.

El glorioso instante de la poesía devuelve el mundo al punto de su surgimiento, a su Unidad, y el acto de "nombrar las cosas" a partir de los destellos de ese mundo aprehendido en sus fragmentos, se va disipando cuando la conciencia individual se integra a la conciencia cósmica, que es integrarse a Dios. Analógicamente se traslada este sentimiento de "aniquilamiento-resurgimiento" propio de la mística sufi a la visión cosmológica de la poesía de Eliseo Diego, de modo que el silencio se vuelve en ambos casos, la voz del universo como "hálito de los hálitos de la Unión", el que diría el poeta sufi Jâmî: "[...] procedente de donde sopla el viento de la extinción, es llevado por el olfato a sus corazones; y por los rayos de luz de ese relámpago, las tinieblas de sus almas se disipan y desaparecen y, por el soplo de ese hálito, su interior, liberado por un momento del fuego de la búsqueda y la agitación del deseo, goza de un momento de descanso y tranquilidad".

Momento de calma que se alcanza, para Eliseo Diego, cuando el alma se despoja de inquietud y tribulación, para que la vida no sea más que un secreto balluceado en la quietud:

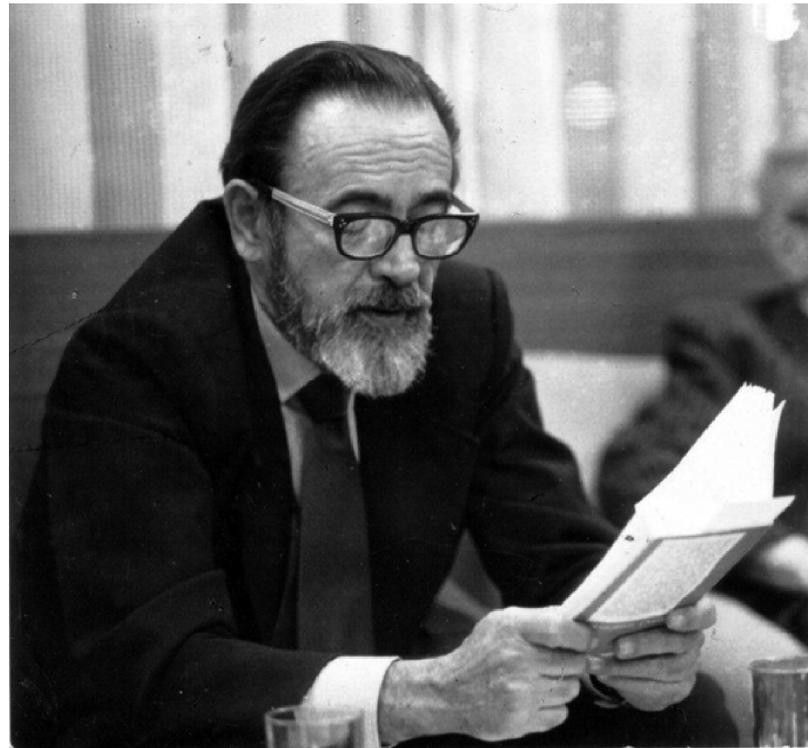
Casi no roza la palabra  
 Siquiera el borde de la luz  
 Bajo la sombra de los mangos  
 Todo  
 Está inmóvil, como a salvo  
 Del tiempo que se va  
 —sesgado, a oscuras—  
 por el secreto de tus venas.

En Eliseo, el ámbito de los espacios intermedios donde se reúnen "las hebras de la luz y la estofa de las tinieblas", ofrece también un punto de confluencias entre las formas terrenales y la esencialidad, chispa de divinidad sólo obtenida por un tenue fulgor avizorado por la atenta mirada de la poesía:

El unicornio acecha por la hendija  
 Minúscula de Aldebarán,  
 sus grandes ojos líquidos  
 velados de inquietud. Un bosque  
 profundo y simple está a su espalda  
 donde crece la dicha en el silencio  
 como la flor de la verdad.

Remoto  
 Llama el fénix.  
 [...]
 Pero en el fondo  
 brilla un instante el áureo  
 punto del cuerno, en una  
 trémula anunciación.

Para Eliseo Diego, la dificultad de ver sin los prejuicios adquiridos por el hombre que adulteran la nitidez de su visión, sólo es salvada por el "roce inocente de la luz" que alcanzan a



ver los seres más puros, que para Eliseo son los niños. Por eso hay una notable distinción en el querer ver los destellos de la luz a vivir en ellos sin la conciencia de hacerlo, lo que permite la perfecta unidad. Es esta la angustia subyacente en toda la poesía de Eliseo cuando el hombre siente la pérdida del mundo en la huida de su inocencia, hálito que, en

esa inconsciencia, no se perturba por la agitación del deseo. Esa quietud, sólo conocida por los inocentes "en el principio del mundo", es la contemplación de Dios:

Aquí los niños juegan en las salas del polvo  
suaves moviendo el torpe sueño de las cosas  
cuya penumbra cruzan sus manos como las palomas  
a imagen de los ángeles en el principio del mundo  
cuando sus alas esparcían la bendición y las figuras.

El oficio sagrado que es el vivir dentro del ruedo del mundo, sin conciencia de su extrañeza o su desarraigo, es la más plena incorporación al destello que se logra ver como espacio donde se conjugan materia y espíritu sin rivalizar sus dominios, en una llamada a Dios. Fuego e inocente luz se unen como un juego:

Juega el niño con unas pocas piedras inocentes  
en el cantero gastado y roto  
como paño de vieja.

Yo pregunto:

Qué irremediable catástrofe separa  
sus manos de mi frente de arena,  
su boca de mis ojos impasibles.

Y suplico

al menudo señor que sabe conmovier  
la tranquila tristeza de las flores, la sagrada  
costumbre de los árboles dormidos.

Sin quererlo

El niño distraídamente solitario empuja  
la domada furia de las cosas, olvidando  
el oscuro esplendor que me ciega y él desdeña.

José Lezama Lima, al comentar las exquisitas prosas de *Divertimentos* (1946), da una definición exacta del umbral lumínico en el que el poeta del "oscuro esplendor" se sitúa, y que logra caracterizar cualquiera de sus textos, ya sea en prosa o en verso, por lo que dice: "El haber superado que la negrura o soplo de la atmósfera supera al peso en sí de sus protagonistas, le presta al libro su salud, la cordialidad de un tono, que utiliza el susto, pero no el terror ni lo terrible." Lo reverencial de la luz en él, su aporte a la "delicadeza suma" con la que el propio Lezama la colmará en su noche insular, sitúa la placidez lumínica más allá de lo negro, en la "negrura", que es la posibilidad que el mar regala a la Isla para aclarar una más densa oscuridad. La zona crepuscular que guarda la poesía de Eliseo Diego, aún en la concomitancia de las sombras, crece hasta la luz como vía de salvación de su caducidad y ocaso. Quizás desdeñando ese oscuro esplendor que se cierne ante ella, ante la espléndida aurora que se anuncia, persigue Eliseo Diego los vaivenes de la luz, hasta apresarla joven, radiante, para entregarla en su calidad áurea, que es para el poeta el brillo secreto de la naturaleza insular.

La zona crepuscular que guarda la poesía de Eliseo Diego, aún en la concomitancia de las sombras, crece hasta la luz como vía de salvación de su caducidad y ocaso.

\* Fragmento del libro *El rango de la luz en la poesía cubana. Tangencias, enlaces, figuras emblemáticas*, que obtuviera el Premio de ensayo "Enrique José Varona" de la UNEAC en 2018 (en proceso de edición).